

# FUERTEVENTURA EN LA POESIA DE UNAMUNO

que oprime el pecho de esta pobre gente;  
agua. Señor, aunque sea salobre:  
¿para qué la tierra, si les falta el agua?

luego, a los hombres, secos por el sol y la penuria:

Pellas de gofio, pan en esqueleto,  
forma a estos hombres -lo demás conduto-,  
y en este suelo de escorial, escueto,  
arraigado en las piedras, gris y enjuto,  
como pasó el abuelo pasa el nieto,  
sin hojas, dando sólo flor y fruto.

Sólo flor y fruto: es decir: lo práctico, no el vanidoso  
verde de las hojas.

Después de la sed y del hombre que la padece,  
la tierra que la sufre: la ruina del volcán:

por la sed descarnada y tan desnuda.

Una pintura de negros y rojos de fuego, un suelo  
descarnado que la misma desolación

contempla muda  
esta isla sufrida y hermitaña.

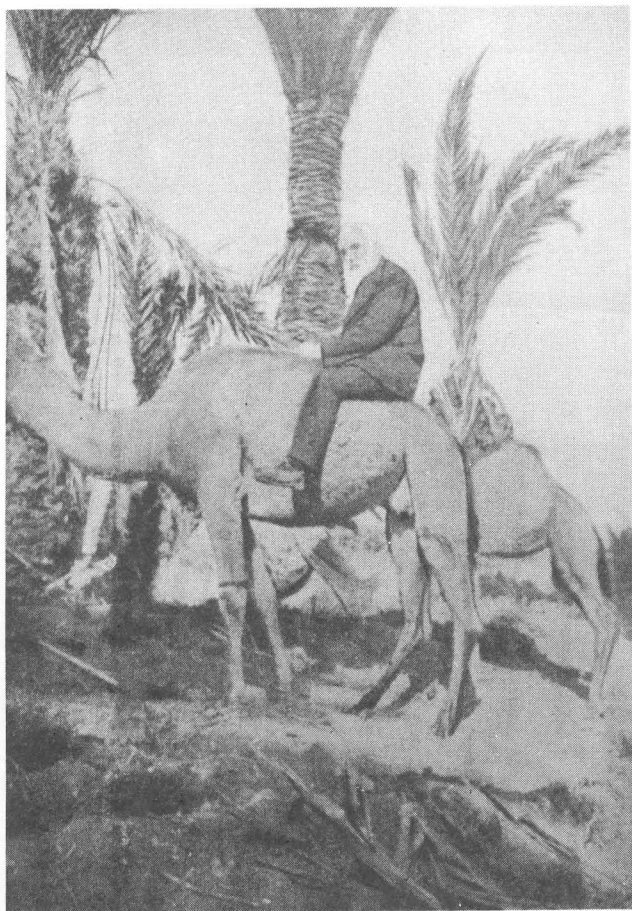
Idéntica imagen de muerte y esterilidad vuelve  
a ser utilizada cuando el poeta se enfrenta con un  
pueblo: Betancuria:

Enjalbegada tumba es Betancuria  
donde la vida acaba como empieza...  
Se oye en esta barranca la canturria  
de la resignación en la pobreza,  
la majorera -blancas tocas- reza  
entre ruinas, soledad penuria.

El agua, el hombre, el pueblo. Después Unamuno  
se fija en lo verde, lo único verde que existe en la  
isla: la palmera.

Es una antorcha al aire esta palmera,  
verde llama que busca al sol desnudo  
para beberle sangre; en cada nudo  
de su tronco cuajó una primavera.  
Sin bretes ni eslabones, altanera  
y erguida, pisa el yermo seco y rudo,  
para la miel del cielo es un embudo  
la copa de sus venas sin madera.

Con esta sangre verde del volcán, Unamuno ▶



**A** Don Miguel de Unamuno -vasco de nacimiento y vecino perpetuo de Salamanca- pueden hacerse algunos reproches: su egocentrismo, por ejemplo. Pero poseía -aparte de otras- una rarísima virtud: cuando lo creía necesario le cantaba las verdades hasta al lucero del alba, fuera o no fuera oportuno. Fue precisamente el ejercicio de esta condición la que le trajo el enojo del General Primo de Rivera, y su consiguiente destierro a Canarias. Don Miguel (el escritor) y Don Miguel (el general) no fueron nunca compatibles. El segundo -que tenía la fuerza- pudo más que el primero, que tenía la razón. Y Unamuno, en compañía de Rodrigo Soriano, emprendió por segunda vez el largo viaje a las Islas llamadas -no sé por qué razón- Afortunadas.

Tras una fugaz estancia en Las Palmas, Unamuno llegó a Fuerteventura en Marzo de 1924. Al comienzo de su estancia, apenas advirtió la isla. Aquel "cacho de Sahara perdido en el Océano" no entró inmediatamente en la órbita de sus preocupaciones. Toda su energía las empleaba en escribir dicterio tras dicterio contra el general, su homónimo, y contra la España que lo toleraba. Poco a poco, sin embargo, su ánimo fue entrando en calma, y sus días en Fuerteventura llegaron, poco a poco, a convertirse en horas largas de sosiego y tranquilidad. A lomos de camello y de coche, en compañía de Ramón Castañeira y de algunos otros amigos que hizo en Puerto de Cabras (sonoro nombre; qué lástima que se lo hayan borrado, lo más bonito del pueblo), recorrió los ásperos caminos de la isla, de norte a sur. Megalómano como era, quiso ser enterrado en la Montaña Quemada. Pero después de sí mismo vió a la isla y la cantó -como nadie.

¿Qué vió Unamuno en Fuerteventura? Primero: la sed:

¡Agua, agua, agua! Tal es la magia

regresa a Puerto de Cabras, ya anochecido. Aquella noche, después de la cena en el desvencijado "Hotel Fuerteventura", se reunirá con sus amigos, y charlarán de lo de siempre: los mil problemas de la patria. Luego, una caminadita hasta el muelle: es la hora de la nostalgia: aparece el mar:

¿Cuál de vosotras, olas de consuelo  
que rodando venís desde la raya  
celestial y surcando con la laya  
espumosa a la mar el leve suelo;  
cuál de vosotras que aviváis mi anhelo  
viene del fiero golfo de Vizcaya?  
¿Cuál de vosotras con su lengua ensaya  
cantos que fueron mi primer desvelo?

Unamuno interroga al mar y advierte también su presencia como un alivio al fuego del día, al fuego de la tierra. El mar baña, piadoso, los pies negros de la isla, trágica de sed, con cenizas de volcán en su entraña.

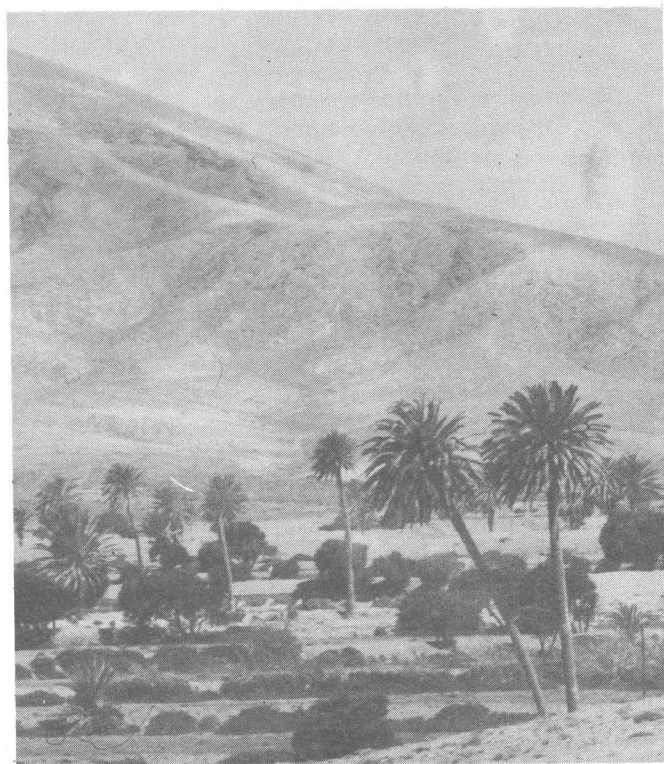
Unamuno pasó en Fuerteventura días consoladores; días de calma en los que pudo dedicarse ampliamente a su tarea de escritor, lejos de la "ruda batalla" del trajín político, aunque, ni mucho menos, descuidara este aspecto de su polémica conducta. Unamuno sintió y amó a la isla; quizás porque la vio tan dejada de la mano de Dios (y de los hombres).

Cuando una goleta furtiva lo alejó de las playas de la isla -rumbo a Francia, es decir: a la libertad- el viejo león de Salamanca, acodado en la popa, mirando el oro negro de la tierra desaparecer en el horizonte, debió pensar estos versos:

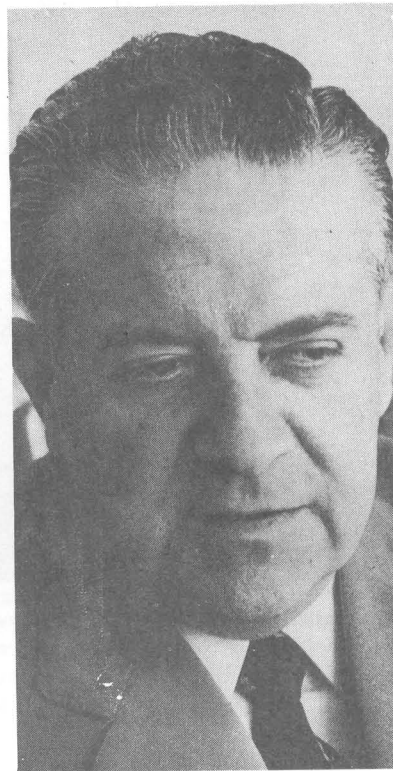
Roca sedienta al sol, Fuerteventura,  
tesoro de salud y de nobleza,  
Dios te guarde por siempre de la hartura,

pues del limpio caudal de tu pobreza  
para su España celestial y pura  
te ha de sacar mi espíritu riqueza.

L. S.



# FLORENTINO PEREZ EMBID



El pasado 24 de diciembre falleció en su domicilio de Madrid, don Florentino Pérez Embid, director general de Bellas Artes. Contaba 56 años de edad, habiendo nacido en julio de 1918 en Aracena (Sevilla). Tras cursar los estudios de Filosofía y Letras, en 1949 ganó por oposición la cátedra de Historia de los Descubrimientos Geográficos en la Universidad de Sevilla. Colaboró en distintas publicaciones y fue articulista y editorialista distinguido en el diario "ABC", así como en la revista "Arbor". En mayo de 1968 fue nombrado director general de Bellas Artes, cargo que desempeñó hasta su fallecimiento, así como también el profesorado como catedrático de la Universidad Complutense y receptor de la Universidad Internacional "Menéndez y Pelayo".

Como director general de Bellas Artes hizo gala de sus conocimientos y de sus dotes de organización, en aras de la valoración, conservación y rescate del patrimonio histórico y artístico español. En este terreno acogió abiertamente las inquietudes que se le trasladaron desde nuestra provincia, en la que estuvo en diversas ocasiones con tal cometido. De esta forma, se declararon monumentos histórico - artísticos la Cueva Pintada de Gáldar y el Cenobio de Valerón, así como Tufía, Arteara y Barranco de Balos; igualmente, la Catedral de Canarias y el barrio de Vegueta, en Las Palmas; y se incoaron los expedientes correspondientes al conjunto de Arucas, el barrio de San Francisco en Telde, la Casa de los Coroneles, Teguiise y el Castillo de San Gabriel (Arrecife). Fue, por consiguiente, un gran colaborador y valedor en las aspiraciones para la conservación del patrimonio histórico - artístico de nuestra provincia, haciéndose merecedor a nuestro mejor recuerdo.